

autor, estableció dos tarifas: la *máxima*, aplicada á los artículos de los países con que Francia no hubiese celebrado convención especial, y la *mínima*, concedida á los de otras naciones que gozasen de este beneficio. El resultado fué una guerra de tarifas con muchos Estados extranjeros, que obligó á otorgar la tarifa mínima á la mayor parte de las grandes potencias.

Habiendo renunciado á la guerra abierta el partido conservador, la fracción exclusivamente católica, mudando de táctica, se adhirió oficialmente á la república, para tomar parte en el gobierno y sugerirle una política favorable al clero. Esta evolución fué aconsejada por León XIII, que, en una entrevista de carácter privado, formuló su programa en los siguientes términos: «Aceptar la constitución para modificar la legislación». Los monárquicos protestaron contra la ingerencia del Pontífice en asuntos de política interior; pero León XIII se mantuvo firme. El veinte de Septiembre de mil ochocientos noventa y cuatro, celebraba Roma el doble aniversario de la entrada de las tropas italianas y de su proclamación como capital del reino. En medio del entusiasmo popular producido por estas fiestas, dos peregrinaciones francesas, dirigida la una por el cardenal Lange-nieux y organizada la otra por los jesuitas, fueron á visitar al Papa. El veintinueve del mismo mes, los peregrinos aclamaron al papa-rey en la iglesia de San Pedro, y el dos de Octubre, uno de ellos, visitando en el panteón de Agripa la tumba de Víctor Manuel, estampó el mismo viva en el libro destinado á recoger las firmas de los viajeros. Detenidos tres de los supuestos delincuentes, fueron conducidos á la jefatura de policía, intentando en vano sus compatriotas arrancarlos á las manos de los carabineros. Dijose que los peregrinos habían ultrajado la memoria de Víctor Manuel, y la indignación se apoderó del pueblo, y los coches que conducían á aquéllos á través de las calles de la ciudad fueron perseguidos por la multitud, que gritaba: «¡Abajo los sacerdotes! ¡Abajo el Vaticano!» En el resto de Italia, la noticia, abultada, de estos desórdenes, provocó violentas demostraciones de hostilidad contra Francia. Al día siguiente de estos deplorables sucesos, el ministro de Cultos de Francia, Fallieres, dirigió una circular á los prelados, invitándoles á abstenerse de hacer manifestaciones que podían perder fácilmente su carácter religioso. El arzobispo de Aix contestó al ministro con inusitada acritud, acusando á los gobernantes, tanto de Italia como de Francia, de no desperdiciar ocasión de revolverse contra la religión católica, á la que los dos pueblos eran deudores de su existencia. «La paz, decía, está alguna vez en vuestros labios; el odio y la persecución inspiran siempre vuestros actos». El gobierno denunció al arzobispo al tribunal de apelación, que le impuso una multa de tres mil francos. En el acto de la vista, el ministerio público recordó las protestas de liberalismo de monseñor Gouthe-Soulard, que tal era el nombre del prelado, y su solicitud con las autoridades republicanas cuando aspiraba á la dignidad episcopal. Un telegrama que el arzobispo de Aix envió al cardenal Rampolla, al día

siguiente del juicio, quedó sin contestación. La energía demostrada por el gobierno francés no modificó la línea de conducta de León XIII, que, en una encíclica datada el diez y seis de Febrero de mil ochocientos noventa y dos, excitó al clero y á todos los católicos de Francia á reconocer la república; el seis de Mayo, reiteró sus deseos á los cardenales franceses, condenando la conducta de los conservadores, que sacrificaban á sus ideas personales ó á motivos políticos la unidad necesaria de los católicos, y, por último, el cuatro de Junio, dió á los fieles orden formal de someterse. Cumpliendo la voluntad del pontífice, separóse de la derecha un grupo católico, formando el partido constitucional, denominado también partido de los *adictos*. Se operó, asimismo, por entonces, una transformación en los partidos socialistas.

En Octubre de mil ochocientos noventa y dos, salió á luz el escándalo del Panamá, preparado por el partido conservador para influir en las elecciones del año siguiente. Declarada en quiebra la empresa del canal de Panamá en mil ochocientos ochenta y ocho, las actuaciones judiciales, muy lentamente conducidas, revelaron que los directores habían dilapidado el dinero de los accionistas y comprado á los periódicos que amenazaban decir al público la verdad sobre el mal estado del negocio, siendo lo más grave que resultaban comprometidos algunos diputados, ya por haber participado de los beneficios obtenidos en las emisiones, ya por haber ayudado á la Compañía á recabar del parlamento la autorización necesaria para emitir valores por sorteo, contra lo dispuesto por el derecho común, que proscribía toda lotería en el territorio francés. Uno de los organizadores de la publicidad, el barón de Reinach, murió súbitamente, á punto de ser detenido. Una comisión, elegida por la Cámara, pidió la incautación de los papeles de Reinach y la autopsia del cadáver. El ministerio advirtió que la comisión se extralimitaba de sus facultades; sin embargo, coaligados los radicales con la derecha, derrotaron al gobierno, que dimitió, reconstituyéndose bajo la presidencia de Ribot. Los diarios radicales y conservadores prosiguieron haciendo revelaciones, y el ministro de Hacienda, Rouvier, acusado de haber mantenido relaciones con Reinach, tuvo que retirarse. El gobierno mandó detener á dos administradores de la Empresa y á un diputado, á quien se imputaba haber recibido dinero por emitir informe favorable á la emisión de valores por sorteo; después, entregó á los tribunales á varios miembros de una y otra asamblea. No obstante, el jurado absolvió á todos los procesados, excepto el ex-ministro Baihaut, que confesó haber percibido trescientos mil francos. El ceno manchó al principio únicamente á los republicanos moderados; pero en seguida salpicó también á los radicales y sus afines. Bastaba haber tenido amistad ó trato con los hombres del Panamá para ser señalado con el dedo: por sola esta circunstancia, Freycinet debió dimitir la cartera de Guerra, y la brillante carrera de Clemenceau quedó cortada de repente. A causa de haber pedido, en mil ochocientos ochenta y ocho, á los administradores de la Compañía que

comprendiesen á los periódicos republicanos en sus dádivas á la prensa, Floquet fué objeto de sospechas y recriminaciones.

La crisis del Panamá condenó al retraimiento á casi todo el personal director de los antiguos partidos republicanos: una nueva generación los reemplazó. Unidas las oposiciones parlamentarias, derrotaron al ministerio en la votación de un artículo del presupuesto. Dupuy, hombre de los nuevos, formó otro gabinete de concentración.

Los reaccionarios y los católicos adictos se prometían recoger opimos frutos en los comicios, de la campaña de difamación realizada por la prensa contra los republicanos más conocidos. En realidad, los amantes de las instituciones andaban recelosos, y parece que Dupuy trató de ganarse el apoyo de los adictos, revolviéndose contra los socialistas. Aprovechándose de una manifestación estudiantil, que los agentes de policía transformaron en «motín del barrio latino», el gobierno concentró numerosas tropas en París y cerró la bolsa del trabajo, en donde se reunían los sindicatos obreros. El país, sin embargo, era sinceramente republicano, y las elecciones de mil ochocientos noventa y tres depararon un cruel desengaño á los enemigos más ó menos encubiertos del régimen vigente. El número de diputados de la derecha bajó de ciento setenta á noventa y tres, incluyendo en éstos como unos treinta adictos; el partido radical, en cambio, vió elevarse los suyos á ciento cincuenta. La liga socialista, engrosada con los electores del disuelto partido de la revisión, llevó á la asamblea cincuenta representantes. Nació entonces en Francia el partido socialista parlamentario. Los republicanos moderados formaban aún el grupo más numeroso, y continuaron rigiendo la política. El ministerio Dupuy, quebrantado por la dimisión de dos de sus individuos, se retiró, sucediéndole un gabinete casi homogéneo en sentido conservador, que presidió Casimiro Perier: Dupuy fué elegido presidente de la Cámara.

De pronto, la vida política recibió el tremendo choque de los atentados anarquistas contra los poderes públicos. Desde el año anterior, veníase empleando sistemáticamente en París la «propaganda por el hecho»; pero ni los atentados de Ravachol ni la explosión del restaurant en donde su autor fué detenido, ejercieron influencia en la política. Otra cosa fué cuando el anarquista Vaillant quiso hacer saltar la Cámara, arrojando una bomba al salón de sesiones el nueve de Diciembre de mil ochocientos noventa y tres; pues, enseguida, el parlamento votó leyes para defender al Estado y á la sociedad de los ataques de sus enemigos. El gobierno prohibió á los empleados de los ferrocarriles del Estado que tomaran parte en un Congreso de sindicatos: la Cámara le demostró su desagrado. Perier dejó su puesto, y fué sustituido otra vez por Dupuy. En esto llegó el veinticuatro de Junio de mil ochocientos noventa y cuatro, día, como saben nuestros lectores, en que el presidente de la República caía bajo el puñal anarquista. El crimen se perpetró en Lyon, adonde Carnot había ido para cumplir á sus habitantes la promesa que

les hiciera de visitar su Exposición. El citado día, dió la municipalidad un banquete á su ilustre huésped en el palacio de la Bolsa, y por cierto que, contestando al brindis del *maire*, Carnot dirigió á los partidos un elocuente llamamiento á la concórdia, en nombre de la patria, que necesitaba de la unión de todos sus hijos para no detenerse «en su marcha incesante hacia el progreso y la justicia, de que debía dar ejemplo al mundo». Estas nobles palabras, que las gentes consideraban el veinticuatro de Junio, á las nueve de la noche, como el testamento presidencial de Carnot, pues su mandato estaba próximo á expirar y tenía el firme propósito de no consentir en la reelección, iban á convertirse, por el crimen de un fanático, en el testamento político del hombre honrado y del ciudadano esclarecido. Terminado el banquete, Carnot se dirigió al teatro. El presidente quería ir á pie, pero, á instancias de Guillaumon, subió á un landó muy bajo, el cual se puso en marcha lentamente, en medio de una multitud compacta, que aclamaba al jefe del Estado y que la escolta de caballería no se cuidaba siquiera de contener en las aceras; por otra parte, Carnot ordenó al jinete que iba á su derecha que retrocediera un poco, pues le impedía ver á la gente. En este momento, un hombre salió de las filas de la muchedumbre, se acercó al carruaje y saltó rápidamente á su estribo. Llevaba en la mano un papel, que parecía una solicitud, pero que en realidad sólo servía para ocultar un puñal, que el asesino clavó, con mano firme, en el costado del presidente. «Estoy herido», dijo Carnot con voz apagada; y en el acto una mancha de sangre enrojeció la pechera de su camisa. Tres boras después exhalaba su último aliento. El homicida, Caserio Giovanni Santo, de nacionalidad italiana y panadero de oficio, no contaba aún veinticinco años; declaróse anarquista, y tal vez pretendía vengar con su infame acción á Vaillant, Ravachol y Henry.

Dupuy, que había acompañado á Carnot en su viaje, regresó á París inmediatamente. Los presidentes de las Cámaras pronunciaron sentidas y elocuentes palabras en honor del finado: en la senatorial, Challemel-Lacour manifestó que si algún hombre debía no haber temido nada del odio y el fanatismo era Carnot, tan moderado, tan justo, tan recto, tan compasivo con los débiles y desheredados, tan amigo de consolar el infortunio, tan digno de estima por sus virtudes privadas; y en la de diputados, Casimiro Perier dijo de él que había muerto en el campo del honor, cumpliendo sus deberes constitucionales, y añadió que su vida, dechado de amor á la patria y á la república, era una enseñanza y un ejemplo. En Lyon, en Francia, en Europa, en el mundo entero causó profundísima emoción la trágica muerte de Carnot. El rey Humberto (bien ageno de que le esperaba la misma suerte) recordó, en su pésame, que Carnot había sido herido el día que se celebraba el aniversario de la batalla de Solferino, gloria común de Francia é Italia. Crispi, en un discurso muy notable, dió cuenta del crimen en la Cámara italiana, cuyo presidente contestó en términos análogos, levantándose seguidamente la sesión en señal de

duelo. Alejandro III demostró su sentimiento con calurosa simpatía. Guillermo II dijo que Carnot, digno del gran nombre que llevaba, había muerto como un soldado, y en prueba de afecto á los franceses, indultó á dos oficiales de la marina de la república, Degouy y Delguy-Malavas, detenidos en Alemania, condenados y encerrados en una fortaleza por espionaje. «Mi corazón de viuda gime por usted», escribió la reina Victoria á la esposa de Carnot, expresándole después el horror que le inspiraba el odioso crimen.

El gobierno propuso leyes excepcionales, que excluían de los beneficios del derecho común á los anarquistas. Los socialistas y los radicales las combatieron, pidiendo al menos que su duración fuese limitada: Dupuy negóse á transigir, y planteando la cuestión de confianza, obligó al parlamento á aprobarlas casi sin modificación. Con esto se destruyó la concentración republicana. Los moderados empezaron á pedir un ministerio «homogéneo», que era, decían, lo más conforme con la doctrina parlamentaria. La elección de Casimiro Perier para presidente de la república completó el rompimiento entre moderados y radicales. No obstante, quedó entre unos y otros un grupo como de cien diputados, prontos á votar con el gabinete para evitar su caída, pero dispuestos igualmente á aprobar las medidas democráticas, á fin de no enajenarse la voluntad de sus electores. En cuanto á los socialistas, atacaron personalmente á Casimiro Perier, que, por su nombre y su fortuna, simbolizaba el gobierno de la clase media. El quince de Enero de mil ochocientos noventa y cinco, el presidente dimitió su elevado cargo, sin que todavía se conozcan bien los motivos de su determinación. Para sucederle, designó el Congreso, en segunda votación, á Félix Faure, que apoyaron parte de los republicanos y la derecha, contra Brison, candidato de los radicales, y Waldeck-Rousseau, que lo era de los moderados.

En los primeros meses de mil ochocientos noventa y seis, rigiendo los destinos públicos un ministerio radical, presidido por Bourgeois, estalló una disidencia entre los cuerpos colegisladores, con motivo del impuesto progresivo sobre la renta, propuesto por el gobierno, defendido por los socialistas y combatido por los conservadores. La Cámara aceptó la reforma en principio, por escasa mayoría; el Senado era opuesto á ella. El ministerio retrocedió ante el conflicto constitucional, aprovechando, para retirarse, la circunstancia de haberle negado los senadores un crédito que pedía. Recogió su herencia otro ministerio homogéneo, mas no radical, sino moderado, bajo la jefatura de Meline. Fué en este tiempo, de mil ochocientos noventa y seis á mil ochocientos noventa y siete, cuando Francia recibió la visita del Czar, devuelta al año siguiente por Félix Faure. En las elecciones de mil ochocientos noventa y ocho, los ministeriales intentaron reunir una mayoría compuesta de republicanos moderados y de adictos, para no necesitar de la protección de la extrema monárquica. Los católicos adictos hicieron un gran esfuerzo. Con los restos del partido boulangierista, formóse otro llamado «nacionalista»; en algunos

distritos se presentaron candidatos anti-semitas. Los diferentes grupos socialistas marcharon de acuerdo, y en las elecciones para decidir los empates, se entendieron generalmente con los radicales. La lucha fué empeñadísima, votando en algunos colegios hasta las nueve décimas partes de los electores. De las urnas no salió mayoría homogénea en ningún sentido; sin embargo, los radicales ganaron terreno. Así, al elegirse presidente de la Cámara, el partido republicano, que tomó entonces el nombre de *progresista*, aliándose con el centro, con la derecha y con los anti-semitas, no pudo sacar triunfante á su candidato sino por cuatro votos de mayoría.

En los últimos años del siglo, ha habido varios cambios de ministerio, inclinándose la balanza, ya á los radicales, ya á los moderados, si bien, en último término, ha vuelto á prevalecer la política de concentración republicana. Por muerte de Félix Faure, se ha elegido jefe del Estado á Loubet, y disipados los miasmas del Panamá y resuelta felizmente la honda crisis que provocó el asunto Dreiffus, la república, que ha sacado al país del abismo á donde lo condujo el imperio y ha vencido con singular fortuna toda clase de contrariedades y peligros, promete ser el gobierno definitivo de Francia.

Poco después que Carnot, bajó al sepulcro prematuramente Alejandro III de Rusia. Nos es conocida su política internacional; por tanto, correspóndenos ahora simplemente reseñar, con la brevedad debida, como acabamos de hacer en lo tocante á Francia, el desenvolvimiento de la política interior del imperio en su tiempo, y seguirlo en el reinado de su sucesor, hasta la conclusión del siglo.

Educado por un teórico de la autocracia, Pobiedonostsef, el nuevo soberano, cuando subió al trono, pasaba, con razón, por ser poco afecto á las ideas occidentales. Esto no obstante, pareció dispuesto al principio á respetar las decisiones adoptadas por Alejandro II la víspera de su muerte. «No modifico en lo más mínimo las órdenes de mi padre», dijo á Loris Melikoff: serán su testamento». Mas enseguida aplazó su publicación, haciéndola objeto de deliberaciones y consultas. En una reunión de dignatarios, presidida por el mismo Czar, Loris Melikoff, y con él la mayor parte de los ministros, se declararon partidarios de plantear inmediatamente las reformas aprobadas por Alejandro II. Pobiedonostsef fué casi el único que sustentó la opinión contraria. Loris Melikoff creía tener ganada la partida, cuando una proclama imperial, redactada, según se dice, por el antiguo preceptor del soberano, anunció á Rusia la voluntad de Alejandro III de conservar íntegro el poder absoluto que sus antecesores le legaran. Sobrevino una crisis ministerial, cosa inaudita en Rusia. Loris Melikoff presentó su dimisión; los jefes de los departamentos de Guerra y Hacienda siguiéronle pronto en su retirada; otros ministros fueron despedidos, y en breve apareció cambiado todo el alto personal del gobierno y la administración. Ejecutóse á los autores de la muerte de Alejandro II; el emperador se encerró, con su familia, en la antigua residencia de Pablo I, el castillo casi inaccesible de